

Queridos amigos:

En 1992 entrevisté en La Habana a Dulce María Loynaz del Castillo. A ella llegué por la recomendación de Miguel Barnet. Sin su gestión no se hubiera abierto para mi el portón de su casona en el Vedado .

"¿Qué interés puede tener una anciana como yo, cercana a la novena década de vida, para un joven veintiañero y díscolo como usted?" Con esa pregunta me recibió la Premio Cervantes de Literatura. "Recuerde Dulce que fuimos los jóvenes quienes la rescatamos, aún antes que Ud. recibiera el Cervantes", esa fue muy respuesta y la "llave" que me abrió la comunicación con la autora de Jardín.

Tras varias visitas en las calurosas tardes de aquel verano, finalmente se produjo esta entrevista, hecha para Radio Ciudad de La Habana y transmitida en Gente de Palabra, programa que cree y dirigí para esa emisora radial .

En el número Noviembre-Diciembre del mismo 1992 de La Gaceta de Cuba, revista perteneciente a la UNEAC, se publicó una amplia versión de la conversación con Dulce, la cual estuvo al cuidado de la infinita generosidad de Antón Arrufat, quien había recomendado su publicación.

Han pasado mas de 16 años desde aquel día. Ya no soy tan joven, ni tan díscolo, aunque algo siempre queda. Pero en estos últimos ocho años. y al menos en tres ocasiones, la he retransmitido en mis distintos programas radiales en esta geografía. Tal ves me agrada reescucharla cada cierto tiempo en compañía de otros. Tal ves sea que lo mejor de mi vida ocurrió en el siglo pasado .

Ahora aquí, en blanco y negro, está la entrevista. No una versión, sino palabra por palabra.

Saludos,

Edmundo.

Entrevista a Dulce María Loynaz

Programa: La Noche se Mueve

Director Edmundo García.

EG: Edmundo García.

DML: Dulce María Loynaz.

El programa La Noche se Mueve se puede escuchar en internet, en la siguiente dirección electrónica: <http://www.lanochesemueve.us/>

Para comunicarse con La Noche se Mueve, escribanos a:

contacto@lanochesemueve.us/

EG: La persona que está conmigo hoy es un protagonista, pero es un protagonista de excepción, alguien que tiene tallado en la palma de su mano y en su frente esta isla. Una mujer de quien alguien ha dicho que tiene un látigo en una mano y una flor en la otra. Una mujer que ha sido testigo excepcional de nuestro tiempo, que desde hace más de 40 años vive en una casa, en un jardín, que ha escrito de las páginas más brillantes y limpias de la literatura castellana. Vamos a tratar de develar un poco en esta entrevista, una vez más, después de tantas veces y de tantos periodistas a nuestro Premio Nacional de Literatura Dulce María Loynaz. Buenas tardes, Dulce.

DML: Buenas tardes. Primero que nada, las gracias a usted por decirme tantas cosas bonitas, que serán o no merecidas, pero yo las agradezco. De todas maneras, no soy tan amarga, como por ahí dicen. Pregunte todo lo que quiera.

EG: Vamos a comenzar por ahí. Alguien ha dicho, específicamente Miguel Barnet, que usted tiene un látigo en una mano y una flor en la otra.

DML: Ese es un chiste de Miguel. No hay nada de eso. Por lo menos el látigo se me cayó de la mano hace mucho tiempo, y doy gracias a Dios que todavía tengo la rosa.

EG: Dulce, usted forma parte de una familia que está marcada por el himno de la patria. Su padre al lado de Martí. Su padre y el Himno Invasor. Una familia de artistas, una familia de poetas, una familia de intelectuales. ¿Usted siente que pertenece a una familia o a un estilo de vida en desuso?

DML: Pare ser franca, le diré que sí. Creo que los moldes antiguos se han roto, pero siempre estamos en condición de hacer nuevos moldes. Aunque ya ésa no es tarea mía, es de la juventud.

EG: Durante un tiempo muchas personas —algunos periodistas— han llegado a usted como abeja al panal, a tratar de conocerla, de desvelarla, de entrevistarla, saber de Dulce María Loynaz. Después que habían pasado treinta y tantos años en los cuales usted se había encerrado, no había salido, no había aparecido. Cuando se le llamaba para hablar, decía: ¿Y qué interés puede tener una anciana de ochenta y tantos años? Sin embargo, usted ha despertado un interés tremendo. Sobre todo, después de esa *Valoración múltiple*, que publicó La Casa de las Américas. ¿Qué ha sentido a la vuelta de treinta y tantos años, prácticamente aislada, este clamor de la juventud, este mundo que regresa?

DML: Para mí es —me atrevo a decirlo— conmovedor. Y yo no me conmuevo fácilmente. Pero quiero decirle al mismo tiempo que este homenaje es un poquito tardío. Porque con la edad que yo tengo no me queda mucho tiempo para disfrutarlo. Si hubiera sido antes, entonces sí. En toda su plenitud lo habría agradecido.

EG: ¿Y en qué forma piensa usted que lo hubiera disfrutado? ¿Qué hubiera hecho con tanto elogio? ¿Qué hubiera hecho?

DML: Escribir, escribir cosas, que todavía se me van a quedar por dentro. Porque como es natural, la naturaleza se venga de uno y nos pone en estos trances. Yo, que soy escritora, no puedo escribir, porque me falta la vista. Otro que es sordo, no puede hacer música, porque tiene sordera. Estas son bromas que nos gasta la naturaleza y yo no podía ser la excepción. Pero siempre pienso que tuve tantos años, tantos sin escribir nada, sin hacer nada. Vagando no sé por dónde, por los espacios infinitos, ocupándome si había

venido la berenjena o si había venido... Y todas esas cosas tontas en las que he gastado mi vida. Creo que si entonces me hubieran buscado, como me buscan hoy, quizá todo sería distinto. Por lo menos para mí. Eso José Antonio Portuondo lo dijo, de una manera muy emocionante para mí. Me dijo que eran los jóvenes los que habían descubierto o redescubierto a Dulce María Loynaz. Y es verdad, son los jóvenes. Y son jóvenes que casi no me han conocido o que ni siquiera me han visto. Yo recibo muchas cartas del interior de la república, que desgraciadamente no puedo ya ni siquiera contestar. Y aprovecho esta ocasión para decirlo. Recibo muchas cartas de jóvenes de allá, de muchachas, de muchachos y todos están pendientes de la poesía. Y yo digo: Qué bueno hubiera sido que esto sucediera hace 30 años, por ejemplo. O quizás menos: 20, 25. Pero llega —no quiero ser pesimista— cuando ya la naturaleza me está vedando muchas cosas que hubiera podido hacer entonces.

EG: Así le ha pasado también a otros grandes poetas, a otros grandes artistas. Es como un destino.

DML: Entonces, me consolaré con eso. Tengo compañeros de infortunio.

EG: Dulce, usted hablaba de la juventud y me imagino que piensa o que ha sentido, por parte de la juventud, un acto de amor. ¿No lo ha sentido de sus contemporáneos, quizá de las personas que hoy no son tan jóvenes?

DML: No. Sinceramente, no. A mi sí, esas personas que ya no son tan jóvenes —o sea, los contemporáneos míos— sí me dieron ánimos para seguir escribiendo. Pero después, ya usted sabe, hubo muchas reacciones en cadena que cegaron esa fuente creadora en mi y en ellos. Ya se pensó más en otras cosas, que eran sin duda más importantes que la poesía. Y lo digo, sin una pizca de ironía. Creo que sí: hay cosas más importantes, a las cuales la juventud tenía que atender en su tiempo.

EG: ¿Usted cree todavía, Dulce, que la poesía sea pura. En la actitud pura de la poesía?

DML: Esa era la obsesión de Juan Ramón (Jiménez). Y mi hermano decía que sí. No creo que uno pueda. Sí creo en la poesía pura, pero me parece muy difícil alcanzarla. Solamente muy contados. Quizá mi mismo hermano Enrique, y desde luego Juan Ramón, que la inventó.

EG: ¿Usted piensa que los poetas deban evadir el momento político?

DML: Esa es una pregunta que es un poco difícil de contestar. Sobre eso no tengo una opinión formada. Yo creo que el poeta debe ser sincero consigo mismo y debe decir lo que siente y cómo lo siente. Si está de acuerdo con el momento político que vive, creo que sí, que debe decirlo. Ahora, si lo hace por congraciarse, por limar asperezas, ya entonces es distinto, ya no es un sentimiento puro. Por tanto, ¿para qué contar con él?

EG: Usted hablaba hace un momento de Juan Ramón Jiménez. Acaba de aparecer en España, acaba de publicarse en Madrid, El diario de Zenobia, la viuda de J.R.J., y en este diario Juan Ramón la califica a usted —a la familia Loynaz— como una mujer que lo impresionó y muy excéntrica.

DML: Como se sabe, Juan Ramón era un poco anárquico en sus opiniones. O sea, él decía una cosa y ya no admitía que otro le fuera en contra. El se hizo esa idea de nosotros, y después de todo se lo agradezco. Que solamente Juan Ramón Jiménez haya reparado en la familia Loynaz, y no sólo haya reparado sino que haya escrito sobre ella, es ya un honor.

EG: Hay muchas anécdotas, Dulce, acerca de su familia, acerca de los 4 hermanos. Hay casi una mitología creada, quizá haya alguien que pueda recoger todo lo que se habla. ¿Realmente, era una familia excelente, era una familia rara, en el decir de Darío, a la forma de Darío? ¿Eran unos raros?

DML: Yo creo que sí, éramos raros. Aunque también creo que esas rarezas se ha exagerado un poco. Por ejemplo, nosotros en una ocasión ideamos una comida, en unas ruinas que existían, cerca de Cojimar. Ya no existen, porque era una colina, una loma, y arriba en la cúspide estaban las ruinas de la casa del Marqués de Urría, o al menos eso fue

lo que nos dijeron. Ya no existe, porque la tierra ha sido removida y aquello está a ras del suelo, y desde luego las ruinas desaparecieron. Pero nosotros, en aquel momento, que descubrimos las ruinas, se nos ocurrió decir que los marqueses dueños de esa posesión nos invitaban a una cena y podían ir los amigos que quisieran. Invitamos al grupo, que entonces eran de nuestros más íntimos. Entre ellos estaba Carpentier, José Antonio Fernández de Castro, Gabriel Castaño. En fin, habían muchas personas, artistas todos. Con alguna excepción. Por ejemplo, invitamos al Coronel Lara Miret, que era creyente en los espíritus, y pensamos que íbamos a darle ocasión de mostrar sus conocimientos, sus aptitudes en ese campo. E iniciamos la ascensión a ese lugar. Cuando llegamos, todos nuestros acompañantes se quedaron asombrados. Había una mesa bien puesta. Con una gran vajilla, botellas de champaña. En fin, con muchas cosas allí. El Márquez nos había preparado un recibimiento digno de reyes. Figúrese la sorpresa de los invitados, que no esperaban eso. Empezamos a comer, y en eso escuchamos una música muy delicada, que salía de una ventana que daba al abismo —porque cómo le dije, estaba muy alto—, pero había unas matas y los músicos se habían escondido entre esas matas. Todo el mundo, me preguntaba: ¿Dónde está esa música? ¿De dónde viene? De pronto sentimos un golpe terrible y salió volando una lechuza. Eso no estaba en el programa y yo me asusté un poco. No tanto por la lechuza sino por el golpe que sentí. Parece que los músicos vieron la lechuza y se asustaron y se tiraron de aquella loma —donde estaban tocando. Se tiraron con fuerza a bajar a toda velocidad y las zarzas y las espinas que había allí les arañaron toda la ropa. Aquello fue una catástrofe, que afortunadamente nuestros invitados no se dieron cuenta y no tuvo más consecuencias, sino que yo tuviera que pagar la ropa destrozada de los músicos. Aparte de la música, interrumpida tan grotescamente. Esa fue una de las cosas que se inventaron, y que luego Carpentier exageró en sus memorias, diciendo que todo era negro, que nosotros íbamos en un coche negro, con caballos negros. Ya en esa época nadie salía con caballos. Nosotros fuimos en automóvil.

EG: Eso fue en *La consagración de la primavera*.

DML: ¿Lo dice Carpentier? Mire usted, no sabía yo eso. Lo dice así, que eran caballos negros.

EG: Sí, lo refleja.

DML: No había tales caballos negros, eran automóviles. Claro sí, automóviles negros.

EG: ¿Cómo fue su amistad con Carpentier?

DML: Era un hombre muy inteligente. Carpentier era un hombre inteligentísimo. Me atrevo a decir que demasiado inteligente. Yo creo que sí, que nos estimó. En cierto modo abrigaba sus celos y toda aquella cosa que nosotros nos traíamos en la casa. Era un fingimiento, era una cosa que verdaderamente era nuestro estilo de vida. Creo que él nunca acabó de poner en claro estas ideas. Por tanto, su actitud con nosotros fue siempre un poco reservada. Pero nosotros lo estimamos a él muchísimo. Era una persona que valía. También le diré que tratamos a la mamá de Carpentier, de la cual nadie habla y era una rusa preciosa. Creo que mi hermano Enrique estuvo un poco enamorado de ella. Aunque desde luego nunca se lo dijo, porque la juventud de entonces era muy respetuosa.

EG: ¿Y la de ahora, no?

DML: Me parece que un poquito menos.

EG: ¿Sigue prefiriendo la de usted?

DML: Sí, pero eso es natural. Eso es natural.

EG: Dulce, usted y su familia —como decía al principio— están muy marcados por el arte, por la dedicación al arte, gozaron —al menos es lo que se dice. ¿Nunca hubo problemas económicos en la familia? La dedicación a la literatura y al arte pudo estar respaldada porque nunca hubo necesidades económicas, ni hubo presiones. Hubo dinero en la familia. ¿Es así?

DML: Es así.

EG: Yo le pregunto, ¿tener resueltos los problemas económicos resulta un buen aval para crear una obra artística?

DML: Creo que sí. Aunque se ha visto, precisamente, lo contrario. Y eso lo escribo en un libro mío. Mesas más pobres de condumio son donde se han escrito las obras maestras, pero eso puede ser una frase literaria mía. Creo que una mesa —sino servida con manjares por los menos con una seguridad de que se va a comer en ella ese día, el otro y el otro— es una cosa que ayuda mucho. Que el poeta o el escritor o el pintor —el artista que sea— no tiene que preocuparse por buscar el pan nuestro de cada día. Ya está previsto.

EG: A los 90 años Dulce, ¿cómo se ve la poesía? ¿Se cree todavía en la poesía, cómo un algo?

DML: La poesía, hay que creer en ella —aunque uno no crea en los poetas—, porque la poesía es inmortal. Está y no podemos hacer más nada, sino aceptarla. Claro que esto no va con la poesía que se cultiva ahora, que yo no me he retractado nunca de los ataques y las burlas que he hecho de esa poesía moderna. Estoy dispuesta a sostenerlo en cualquier momento. Ya eso no es poesía, eso es ya otra cosa.

EG: Dulce, oí una declaración suya —o al menos se la atribuyen a usted— con respecto a los poemas de amor. Dijo que la poesía de amor había que escribirla con veintitantos años. La poesía de amor había que escribirla mientras se tenían hormonas, que lo demás era chochería.

DML: No creo haberlo dicho así tan crudamente. Pero de todos modos es una idea que tengo. Yo creo que —sinceramente— esos viejos que se ponen a hacer poesías de amor lo hacen para parecer jóvenes. No veo otra explicación. Porque no es posible que uno sienta a los 70 años, por ejemplo, lo mismo que sintió a los 20 o a los 25. Desde luego que hay que aceptarlo con cierta tristeza, porque no quisiéramos que sucediera. Pero qué voy a hacer, sucede.

EG: Hay unas cartas, algunas de ellas se conocen, que conforman su correspondencia con Virgilio Piñera. Quisiera que usted me hablara un poco de su amistad con Virgilio. ¿Cómo fue esa correspondencia? ¿Cómo fue esa relación epistolar con Virgilio?

DML: Virgilio Piñera era un niño malcriado. Lo era ya, entonces, para mí, que era mucho mayor que él. Pero era un asiduo concurrente a mis veladas, que eran los jueves. Yo solía en esas veladas preparar un cóctel. Esta historia del cóctel creo que la he dicho mil veces. Usted me va a decir, porque no me gusta repetir cosas, como lo hacen los viejos. ¿Usted ya la conoce?

EG: No, yo no la conozco.

DML: Ah, bueno si no la conoce, entonces sí. Yo hacía unos cócteles preparados por mí. Me hubiera sido muy fácil mandar a hacerlos al empleado de la casa o a otro que supiera. Pero creía que cuando yo los hacía quedaban mejor. No sé por qué cosa, tuvimos una pequeña peleíta Virgilio y yo. Porque él era bastante majadero, ésa es la palabra. Era un *enfant gâter* (un niño malcriado). El me escribió una carta —no vino a mi casa, ni al (jueves) siguiente tampoco—, pero me mandó una carta en la cual me decía que no vendría ya nunca más, porque él había sufrido conmigo una decepción muy grande. Que él podría haberme perdonado todas las cosas mías y mi poesía trasnochada. Pero lo que no podía perdonar eran los horribles cócteles, que había tenido que ingerir para complacerme. Con lo cual nunca nos pudimos reconciliar.

EG: ¿Fue muy ríspida la correspondencia en ese momento?

DML: Sí.

EG: Otro gran poeta con quien usted tuvo relación, y bueno se ha hablado bastante. Yo quisiera sencillamente una evocación. No le voy a hacer sufrir su memoria, hacer algo que yo sé que ya ha contado. Es la amistad. Usted es el último testimonio, usted es el único testigo de Federico García Lorca.

DML: Sí. Parece eso. No solamente aquí, sino también en España. No sé si en España existan personas que puedan decir que trataron a Federico García Lorca.

EG: Al menos, personas con un alto grado intelectual: poeta importante, el último artista importante. Puede que quede alguien que haya visto a Lorca, que lo haya conocido

de niño. Pero personas que haya trabado amistad, diálogo intelectual con Lorca, no. Usted es el último testigo.

DML: Eso podría comprobarse fácilmente, porque yo todavía tengo amistades con poetas. Por ejemplo, aquí estuvo recluido, en la misma clínica donde yo estaba, un poeta que fue compañero de García Lorca.

EG: Alberti. Rafael Alberti.

DML: Rafael Alberti. Entonces hablamos, algunas veces. Tuvimos ocasión de conversar de aquellos tiempos. Y él sí conoció a García Lorca, y puede decir muchas cosas sobre Lorca que incluso yo misma no podría decir. Me parece que sí. Es del mismo país y vivieron en la misma época, pudiera decirle. Porque yo soy más joven que Lorca.

EG: ¿Porqué se pelearon usted y Lorca?

DML: Realmente no hubo tal pelea. Diremos que hubo unos dimes y diretes. Pero pasaron pronto, porque con Lorca era muy difícil pelear, aunque uno se lo propusiera. Era tan cordial —tan ingenuo en cierto modo—, que uno no podía tomar ninguna pelea en serio con él. El tenía la mala manía, que no le gustaban para nada mis versos. Era un momento en que precisamente a todo el mundo le gustaban mucho. Incluso llegó a decir que mis hermanos eran mejores que yo. Hasta la Beba, que era casi una niña en aquella época. Todo eso me disgustó mucho. Una tontería mía, porque a veces uno comete tonterías. Lo que hice fue empezar a renegar de la poesía de Lorca, con todas sus extravagancias y sus cosas, y a decírselo a mis hermanos, no a él. Mis hermanos me pusieron un día en un aprieto. Me dijeron que le dijera a Lorca los versos que yo había hecho sobre él. Sobre la poesía de él. Claro, entonces no me quedó más remedio. Lorca, cuando acabé, se levanta y dice: Pues mira, eso es lo mejor que ella ha escrito.

EG: Dulce, ¿usted era muy vanidosa en esa época?

DML: Sí. Todos hemos tenido nuestras vanidades y yo no iba a ser la excepción.

EG: ¿Y ególatra?

DML: No tanto. Ególatra, no. Porque había muchas cosas que admirar para yo entretenerme en mi persona, que ya me la sabía de memoria.

EG: Usted ganó un premio en España, participó con un trabajo suyo acerca de Isabel la Católica, y me han contado que usted siente una admiración, una fascinación por Isabel la Católica. Mi pregunta va a ser un poco irreverente: ¿No piensa usted que ya la imagen de Isabel la Católica es algo un poco trasnochado, algo cansado, en este mundo que se habla del Descubrimiento?

DML: Como precisamente los españoles no se han cansado todavía de hablar de ella, y es para los españoles que yo escribí, no tenía ánimo de hacer una obra que traspasara las fronteras de otros países. Escribí sobre la Reina, porque me parece que es una mujer, como mujer, ya no como Reina. Como mujer, tiene mucho interés todavía, para el que quiera o se interese en toda aquella cosa que ella vivió. Eso no quiere decir, que yo me presentara en ningún concurso, porque en mi vida he tomado parte en ningún concurso. Si los españoles leyeron mi trabajo, y les gustó y por cuenta propia lo presentaron al concurso, ya eso es otra cosa. No lo autoricé, ni lo hice. Escribí sobre la Reina, como podía haber escrito sobre el Rey, que desde luego tiene mucho menos tema. Eso fue todo, yo no me propuse nada con eso. Ahora, a propósito, resulta que me dieron un premio. Un premio que yo no busqué, pero que me lo dieron y como usted comprenderá no lo iba a rechazar. Además de que el premio era también en dinero efectivo, que me vino bien.

EG: En esa época, Dulce, también usted hace algo que... Quizá pudiera explicar, el porqué lo hizo. Se trata de que muchas de las crónicas sociales, que se escribieron acerca del *jet* habanero, de la *high* habanera, mucha de esas crónicas, aunque aparecía con otra firma, que a veces aparecieron con firmas de otros periodistas, fueron hechas por usted.

DML: Vamos a empezar por mi marido, que era el cronista. Mi marido nunca escribió una crónica social. El tenía 3 secretarios, éstos eran los que escribían. Y a veces me parecía que 3 eran pocos. Tanto era el material que llegaba a su mesa de trabajo. Yo nunca escribí esas crónicas, porque ya había quien lo hacía. Sin duda, mejor que yo.

EG: ¿Ni para divertirse?

DML: No, no. Por divertirme tampoco. Nunca. Lo que sí hice, y creo que eso debería recogerse, ya que es bonito y es interesante, fue escoger entre las fiestas que se celebraban en la semana. Coger una y sobre eso escribir algo ligero, bien bordadito. Una cosa que pudiera más o menos reflejar aquellas fiestas que se hacían, sin nada de los lugares comunes que se ponían en las crónicas. Un aspecto nuevo. De ese tipo, hubo una que le dediqué a Alicia Alonso, aunque también podía ser una función de teatro. En otra ocasión, también le dediqué una a una soprano alemana, que vino e hizo una Isolda maravillosa. Eran cosas que yo hacía, de los actos sociales o culturales que se celebraban en el país. Cada semana escogía uno y era el que comentaba. Y lo de la Reina Católica también fue así. No me propuse ganar ningún premio. Si me lo dieron, me vino bien.

EG: Dulce, ¿por qué no ha escrito más novelas?

DML: Eso es muy difícil. Es mucho más fácil escribir versos que escribir una novela. Solamente he podido escribir una, y me dio tanto trabajo que no volví nunca a escribir la segunda.

EG: Volvamos ahora, hacía la novela y la poesía.

DML: Uno no escribe para retratarse a sí mismo. Escribe para dar lugar a los sentimientos, que en ese momento acuden en tropel, lo mismo pueden ser propios como ajenos. Y en *Jardín* hay mucha cosa ajena, que no soy yo.

EG: Ni es la familia.

DML: En cierto modo es más la familia que yo misma, porque mi familia siempre puede más o menos identificarse en ese afán de cerrarnos las puertas del mundo, de que no entráramos en el mundo antes de tiempo, y si fuera posible en ningún tiempo. Porque ellos creían que el mundo nos iba a hacer mucho daño, por lo mismo que éramos muy sensibles y por que no teníamos ninguna experiencia de la vida. Así que ese cuidado, esa sujeción que aparece en *Jardín*, aunque no se dice quienes son los personajes. No sólo no se dice, ni se ven. Pero sí hay una alusión franca a ellos.

EG: Dulce, por otra parte, usted fue una mujer que recorrió el mundo y fue a lugares muy exóticos, esotéricos.

DML: Sí. Desde luego, pero siempre los recorrí de la mano de mi mamá.

EG: ¿Cómo era su mamá, Dulce?

DML: Mi mamá era una mujer encantadora. Primero que nada era bellísima, un rostro angélico. Después, ya su carácter no era tan angélico. Una mujer enérgica, que se había separado de su esposo, que tuvo que asumir el papel de padre y madre con nosotros y yo sinceramente —aparte del cariño que siempre le he tenido a mi madre— le he tenido también una gran admiración. Otra cosa que le hemos agradecido, quizá por ese egoísmo que tienen los hijos, es que siendo como fue una mujer bellísima —que ya lo dije— y habiendo quedado libre de ataduras a una edad relativamente joven —tenía 37 o 38 años— cuando se separó de mi padre, sin embargo, nunca pudo ni pensar siquiera en volverse a casar o traer un hombre nuevo a la casa, nunca pasó eso por su mente. Y eso, sí se lo hemos agradecido sus hijos.

EG: Dulce, en su poesía, hay un poema, que a mí me llama poderosamente la atención. El poema *Ultimos días de una casa*. Y me pregunto, por qué después de ese poema no aparecieron otros de ese tipo, de esa forma. ¿Este poema cerraba una etapa o abría una etapa que de alguna forma no continuó?

DML: Usted me ha hecho una pregunta difícil de contestar. Yo misma tendría que hacérmela. *Ultimos días de una casa* es la última poesía que escribí. Porque después he escrito mucho, pero no poesía. Ya ahí terminé yo, me parece.

EG: Usted con este poema, cuando lo estaba trabajando, pensó que iba a abrir una nueva etapa en su poesía o que estaba cerrando su poesía. ¿Tenía conciencia de esto?

DML: Yo tenía conciencia más bien de que la cerraba. Ya me era muy difícil escribir, porque creo que para escribir versos se necesita ser joven. Ya eso lo he dicho en más de una ocasión. Y ya mi juventud se había acabado.

EG: ¿Qué va a hacer con la memoria, Dulce? ¿A quién se la va a dejar?

DML: ¿La memoria?

EG: La suya.

DML: Supongo que alguien, sin que yo se la deje expresamente, la recoja.

EG: No piensa lo útil que sería, para usted, para su familia —creo que sería un acto de justicia— dejar sus memorias escritas, dictadas. Ya sé que no le gusta dictar, ya sé que el acto de la literatura para usted es un acto de intimidación.

DML: Sí, no se lo voy a repetir pero es así. Y si puedo recuperar la vista, entonces terminaré la memoria, que ya está empezada. Pero si tengo que dictar, no.

EG: ¿Y la historia del Vedado igual?

DML: La historia del Vedado igual. En cierto modo, serían dos libros gemelos o no sé, si podría fundir los dos en uno solo, porque como ya dije, yo he nacido y he crecido con el Vedado.

EG: ¿Cómo es el Vedado con el cual usted sueña todas las noches? El que usted ve en su imaginación.

DML: El primer Vedado que yo conozco, —y no tanto, el primero— el Vedado en toda su belleza y en toda su magnitud, —porque el otro día fui por la calle Calzada, que yo recuerdo las casas que había ahí— ninguna está ya. Pero lo peor es que hay otras en su lugar, y esas otras son feas, postizas, no tienen nada que ver con el Vedado. Entonces no puedo escribir eso, porque no tengo derecho tampoco dar una imagen mala o distorsionada, porque yo no lo distorsioné, lo distorsionaron los dueños de esas casas, que derribaron las que había antes tan bellas. Había una casa, por ejemplo, que la recuerdo, que se llamaba Villa Josefina, que era propiedad de los Kolly. Aquella casa era un sueño, tenía unos vitrales. Bueno, pues todo eso ha desaparecido. No solamente los vitrales, la casa misma. Esa ha sido la suerte del Vedado.

EG: Hay alguien que estuvo cerca de usted, que fue muy elogiosa con usted y no sé hasta que punto hubo una amistad entre ustedes. Otra gran poeta de América Latina, la

Premio Nóbel, Gabriela Mistral. ¿Cómo queda en su memoria la figura de Gabriela Mistral?

DML: Gabriela era una mujer muy difícil. Yo estoy asombrada de haber podido ser amiga de ella tanto tiempo como lo fui. Era una persona que parecía una cosa y era otra. No estoy diciendo nada en contra de ella, ni tendría derecho a decirlo. Pero Gabriela era una mujer dura. Toda esa ternura que resumen sus versos —para los niños, para los huérfanitos de la Guerra Civil española—, todas esas cosas, es puro cerebro de ella. Ella no sintió nunca nada de eso y eso lo digo, vamos, con todas sus consecuencias. Ahora bien, del talento de Gabriela nadie tiene derecho a dudar. Es un talento que considero suyo, y quizá el más grande de nuestra América. Con la gloriosa excepción de nuestro Martí y quizá algún otro. Pero ella está entre los más grandes talentos nuestros. Y otra cosa que aducir a su favor, nunca pareció darse cuenta de eso. Era una mujer auténticamente modesta. No lo era por pose, ella era consigo misma injusta, como solía serlo con los demás. Pero consigo misma era injusta. Ella no se defendía. como debió defenderse, de algunas personas que la atacaban. No en su persona, pero sí en su obra. Que me parecía una tontería, porque era una mujer ya consagrada, un Premio Nóbel ya es una cosa a respetar. Creo que Gabriela tenía muchas virtudes, y quizá no se le reconocieron, incluyendo los amigos que ella tenía. Conmigo hubo un incidente, que dio lugar a que ella borrara la dedicatoria que había hecho de un libro suyo a mí. Dio lugar a borrar ella, con el libro ya impreso, que fue una cosa muy difícil para los impresores.

EG: ¿Cuál fue el incidente?

DML: El incidente fue que Gabriela parecía —o ella así lo decía— que era muy humana, que quería mucho a los niños, que a las muchachas, a las poetisas jóvenes que empezaban que yo se las reuniera. Bueno, claro que hice eso, y el día que estábamos reunidas, las poetisas, los jóvenes poetas, resulta que viene aquí Ciro Alegría, a quien yo no había invitado. Viene Ciro Alegría y se apodera de Gabriela y la lleva al despacho de mi marido y allí se encierra con ella. Es decir, la monopolizó para él. Y todo esto

acompañado —porque a Ciro parece que le gustaba mucho el trago— con botellas de whisky, que abría una tras otra. Ella no, ella no tomaba nunca. Pero sí se dejó atrapar en esas redes o lo que fuera, que le tendió el peruano. Creo que Ciro era peruano. Ya eso fue bastante desagradable, para mí, porque las muchachas que habían venido a hablar con Gabriela y a cambiar impresiones con ella tuvieron que irse muy defraudadas. Después otra cosa. Había un almuerzo. Yo iba a dar un almuerzo en mi casa y le dije a Gabriela, si ella estaba dispuesta a venir al almuerzo. Porque si ella no estaba dispuesta, yo no lo daba, no tenía porque darlo. Ahora, le dije: Si usted si lo admite, yo voy a invitar al embajador de su país. Me dijo que sí y yo lo hice todo. Entonces, resulta que el mismo día del almuerzo, veo que bajaba Gabriela por la escalera, acompañada de su secretaria, una muchacha norteamericana bastante tonta. Y le digo: Pero Gabriela, ¿usted no se acuerda, que hoy es el almuerzo? Sí, sí, como no chiquita, yo me acuerdo bien, pero tengo ganas de ir a la playa y estaré aquí para el almuerzo. Se fueron. La persona que la había invitado era una poetisa de cuyo nombre ahora no me acuerdo. Bueno, se llevó a Gabriela. Y eran las 12, la 1, las 2 y Gabriela no venía, y yo desesperada. Suena el teléfono. La poetisa que se había llevado a Gabriela me dice: Dulce María, estoy horrorizada, porque estoy haciendo un esfuerzo enorme por sacar a Gabriela de aquí, y me dice, que no, que no quiere ir. ¿Qué hago? Póngame a Gabriela al teléfono. Y me dice: ¿usted cree que puedo tener más gusto, en vez de estar contemplando este mar azul, el mar de sus trópicos, en contemplar la cara fea de Chacón y Calvo? De ninguna manera, no voy. Yo siempre fui muy consciente de los deberes de un ama de casa. Tenía que serlo, porque incluso la carrera de mi marido iba en ello. Con mucha pena, tuve que decirle a todos los invitados que teníamos que almorzar sin el invitado de honor, porque no quería salir de donde estaba. Se los dije así, claramente. El almuerzo transcurrió, más bien como una velada fúnebre. Cuando Gabriela llegó ese día, comprendo que me dejé arrebatar por toda la amargura que me había dejado la inconsecuencia de una persona que yo había tratado de halagar en todo lo posible, y sin embargo me hacía quedar en ese

ridículo. Le dejé un papelito escrito a Gabriela, donde le decía que como al parecer no se sentía nada bien en mi casa, yo creía que debía buscar otra que le fuera más grata. Y así acabó nuestra amistad.

EG: Dulce, hay un poema suyo que es el canto a la mujer estéril. Un poema suyo que es una defensa a las mujeres que no tienen hijos, y que bueno... Cuando no se tiene un hijo, ¿este poema se lo inspira a usted el hecho de que no haya tenido nunca un hijo o usted hubiera preferido tener un hijo? Hábleme de este tema. Yo no quiero siquiera figurar la pregunta. Yo quiero recoger su impresión, su libre pensamiento alrededor del tema y de este poema.

DML: Bueno, cuando yo escribí el poema no sabía si lo estaba escribiendo para mí o para quién. Porque la verdad es que ni siquiera estaba casada, y aunque yo sé —no soy todavía tan inocente—, yo sé que se pueden tener hijos sin casarse, pero el caso es que yo no pensaba que ese poema podría serme adjudicado a mí, como parece que luego sí lo fue. Sobre el poema diré que está hecho muy sinceramente, que lo que yo dije en ese momento yo lo sentía. Pero eso no quiere decir que esté contra la maternidad. Si una mujer sabe exactamente lo que tiene que hacer con un hijo, ánimo, fe y adelante.

EG: ¿A usted le hubiera gustado criar uno?

DML: Creo que era una responsabilidad que yo no hubiera aceptado. Algunas veces mi marido sí. Y me hizo alguna indicación en ese sentido. Pero yo la cortaba siempre. Porque muchas responsabilidades he tenido en mi vida, y he tenido situaciones difíciles que afrontar y las he afrontado. Pero no buscadas por mí. Y si el hijo yo tenía que buscarlo, desde luego que no lo buscaba.

EG: ¿Qué ha tenido usted más en la vida Dulce: ángeles o demonios? ¿Qué hace falta más en la vida de una poetisa como usted: los ángeles o los demonios?

DML: Los dos a partes iguales.

EG: ¿Si vuelan unos, quedan los otros?

DML: Bueno, no. Al decir a partes iguales quiero decir que también a la hora de volar deben hacerlo a partes iguales.

EG: Hay otra persona que es otra de nuestras grandes figuras en la literatura, en todo el mundo. Se habla de él como figura importante, como tótem, como pivote, que murió sin tener el reconocimiento que se le otorgó tras su muerte. Es José Lezama Lima. ¿Tuvo usted relaciones con José Lezama Lima?

DML: No.

EG: ¿Por qué?

DML: Mire, creo haberlo dicho en otra ocasión. En el campo de las Bellas Letras, yo fui siempre un navegante solitario. Sobre todo, después que me casé y me aparté de todos los círculos literarios. No podía tener una doble personalidad. Una de ellas tenía que estar mal servida. Eso se comprende fácilmente, porque yo no me casé con un poeta ni con un crítico de arte ni con alguien que practicaba una de esas actividades, que tal vez hubiera sido mejor. Me casé con el hombre que amaba. Y ya eso me pareció que bastaba. Ahora bien, respecto a la pregunta en sí que usted me ha hecho, me parece una pregunta muy difícil de contestar, y que soy yo la persona menos indicada para contestarla. Yo admiraba mucho a Lezama Lima, y voy a decirle que admiraba más su prosa que su poesía. Yo lo admiraba, sí. Pero en cuanto a acercarme a él, el único encuentro que tuve fue en la embajada de España, donde el que era embajador en ese momento —no recuerdo ahora el nombre— lo invitó a él y me invitó a mí a un almuerzo. Desde aquel momento quedamos como amigos, porque tengo una carta muy linda de él, escrita después de ese almuerzo, y sentí mucho que ese fuera el único momento, que quizá yo hubiera podido hacer una amistad más profunda con él, porque él era verdaderamente un hombre extraordinario. Pero desgraciadamente murió casi enseguida.

EG: Decía Truman Capote: tengo un mensaje que dar a los jóvenes, nunca hay que rebajarse contestándole a un crítico, nunca. ¿Qué piensa usted?

DML: Me parece una cosa muy del autor de la frase. Yo a un crítico le he contestado siempre. Ellos llenan su misión, y hacen bien. La llenan. Si están equivocados uno debe de ayudarlos a rectificar. Si no lo están, se debe aplaudir sus aciertos.

EG: ¿Y qué le parece la crítica literaria, si es que la conoce, que se ha hecho en Cuba en los últimos años? A algunas personas les parece un poco indigente

DML: Yo no conozco mucho la crítica que se ha hecho, sino la que se ha hecho sobre mí. Y la que se ha hecho sobre mí yo la considero muy bien hecha. Creo que incluso han habido críticos muy generosos conmigo. Y digo muy generosos porque realmente no puedo decir que conozcan todo lo que he escrito, porque yo he escrito mucho, quizá hasta más de lo que he publicado.

EG: ¿Por qué no ha publicado todo? ¿Por pudor? ¿Porque no le parecía tan bueno?

DML: Nunca he estado muy apurada en publicar. Es más bien un modo de ser. Pero sí, ya es hora de que vaya poniendo en orden las cosas que están ahí todavía sin publicar. No sé hasta que punto tengo derecho a guardarlas después de la muerte.

EG: Dulce, usted estudió la carrera de Derecho. Pero el título de abogado ha sido algo muy decorativo en su vida, ¿verdad?

DML: En absoluto. Ha sido un título que gané y luego lo aproveché, lo ejercí. Yo incluso gané pleitos tan importantes que algunos aparecen en tratados de Derecho, sobre todo de Derecho Procesal, donde era más difícil ejercer la carrera. Y todavía guardo por ahí un juicio, que aparece en un libro de Martínez Escobar, sobre un pleito que yo llevé, y que perdí por cierto. El dice en su libro que yo lo debía haber ganado. Pero que si yo lo ganaba, entonces caían por su base todos los recursos de amparo que pueden alegarse en nuestro derecho. Recursos de amparo que desde luego los que lo necesitaban eran los que estaban más urgidos de acudir a ese expediente, que a mí me parece siempre un expediente falso. Es decir: no está en el Derecho Español. Es una cosa postiza, que trajeron aquí los americanos cuando estuvieron en la isla.

EG: Usted preside la Academia Cubana de la Lengua Española. Hace un rato me decía: Quiero dejar la Academia. Eso es algo que dice de dientes para afuera o usted realmente ya quiere dejar la Academia.

DML: Yo nunca digo nada de dientes para afuera. Lo que digo lo sostengo. Yo quiero dejar la Academia, porque ya yo estoy cansada. Aún en esta misma entrevista que usted me hace, usted se dará cuenta de que tengo un cansancio mental. No es que esté ya como una vieja chocha. No creo que sea eso. Por lo menos yo no lo creo. Pero sí que tengo cansancio mental, que me cuesta trabajo formular un juicio. Ya no tengo aquella rapidez de mente que tenía antes para contestar, para decir, para argüir. No, ya no la tengo. Entonces, como yo soy consciente de eso —cosa que desde luego no todo el mundo ha podido decir igual— yo prefiero que venga otro y tome este cargo, que es de mucha responsabilidad.

EG: ¿Y de quién sospecha Dulce?

DML: ¿De quién sospecho?

EG: Sí, de los académicos que tiene alrededor de usted. ¿Ha pensado en alguien?

DML: Bueno, sí. Hay magníficos. Por ejemplo, ahí está Lisandro Otero, que es un hombre que sabe mucho de leyes. Está también el que pudiéramos llamar nuestro Benjamín, que es Miguel Barnet. El secretario de la Academia también me puede sustituir, aunque no sea más que por la larga experiencia que tiene ya como secretario de una Academia.

EG: Dicen que usted en la Academia es una persona muy recta, que lleva las reuniones con mucha severidad.

DML: Sí, porque sino aquello se convertiría en... No sé, imagínese usted. No hay nada más serio que el idioma. Porque nos servimos de él para todo. Así que hay que darle su dignidad.

EG: Entonces usted como jefa es una mujer muy severa. ¿no?

DML: Sí, en todo yo soy severa.

EG: Dulce, cuénteme que usted vive, bueno además de con algunos familiares —una prima creo que esta cerca, y su hermano—, pero hay doce perros en su casa.

DML: En mi casa hay doce perros, pero hay otros tantos fuera de mi casa, que me he hecho cargo de ellos. Pero, ¿qué quiere usted que haga? ¿Echar los perros a la calle? Es una cosa muy triste. No lo puedo hacer. Yo no quisiera tenerlos, porque a mí no me gustan tanto los perros como para ese sacrificio, pero me da mucha lástima.

EG: ¿Y ahora en el Período Especial, cómo se las arregla?

DML: Ay, imagínese usted. Ha habido que hacer el milagro de los peces y los panes. Eso es horrible.

EG: Dulce, para terminar quisiera que usted pensara en alguien que usted quiera mucho, y le envíe un mensaje bien reconfortante por la radio. Que al mismo tiempo sea extensivo a todo el que la ha estado escuchando. O sea, piense en alguien y envíe un mensaje que sirva para todo el mundo y que nos reconforte en este minuto. Estas son las últimas palabras.

DML: Mando un mensaje de cariño no a una persona determinada, sino a las poetisas que no vieron sus libros publicados, que no vieron sus versos de amor hechos realidad, que no vieron ni siquiera sus sueños de maternidad cumplidos. Para las poetisas, esas hermanas mías —más tristes, más pobres de todo— a ellas les consagro este recuerdo y estas palabras, que bien quisiera que fueran las últimas que me tocara pronunciar para un periódico.

EG: Muchas gracias.